

José Roberto Álvarez Múnera

**Mercado, ganado y territorio: Haciendas y hacendados en el Oriente y el Magdalena Medio antioqueños (1920-1960)**

Medellín, Universidad de Antioquia y Universidad Pontificia Bolivariana, 2016, 391 páginas

Son escasos los trabajos serios sobre la historia de la ganadería en América Latina. Por esto, el libro de José Roberto Álvarez sobre las transformaciones del sector ganadero en Antioquia (Colombia) entre 1920 y 1960, es bienvenido. Álvarez examina la expansión de la producción de leche y carne para Medellín, dos esferas generalmente analizadas de manera separada. Entre 1925 y 1958, el consumo de leche fresca en esta capital departamental creció treinta veces y, entre 1914 y 1950, el consumo de carne de res quintuplicó. Este aumento en demanda, argumenta Álvarez, promovió la expansión geográfica de producción: la formación de fincas lecheras en las tierras altas del Oriente (sobre todo en los municipios de La Ceja y Rionegro) y la apertura de potreros para el ganado de carne en el bosque húmedo tropical alrededor de Puerto Berrío, sobre el río Magdalena.

Aunque Álvarez presta algo de atención a la producción, su enfoque principal es la cadena de mercancías –aunque no la llama así– para resaltar las múltiples conexiones entre productores y mercados. Así, la construcción de plantas pasteurizadoras, la ampliación de la feria de ganado y la inversión en sistemas de transporte, entre otros, fueron claves en satisfacer la demanda y transformar la producción y circulación de ganado y sus derivados. Por otro lado, Álvarez ve en estas conexiones la irradiación del capitalismo *del mundo urbano al rural* para *promover una mayor circulación de recursos y acentuar su racionalidad en las relaciones sociales, políticas y económicas* (p. 356). En el Oriente, el cambio clave dentro de un proceso de tecnificación fue la adopción de la Holstein como nueva raza lechera. En el Magdalena Medio, las innovaciones se concentraron más bien en el campo de la circulación (como el uso del ferrocarril y el te-

légrafo), dado que los ganaderos de esta región, en gran parte, servían de intermediarios entre los criaderos de la costa caribe y los consumidores de Medellín.

La historia de Álvarez de los inicios de la modernización de la industria lechera en Medellín es meritoria, en parte porque es un tema poco estudiado para América Latina. Sugiere que antes de la década de 1920 el consumo de leche en Medellín era escaso. Pero es importante anotar que ya había un mercado de leche fresca: un informe de 1915 identificó 92 lecherías en Medellín y sus alrededores. Los productores locales distribuían su leche a través de redes propias o a través de lecheras que vendían la leche de puerta a puerta en ollas de barro. Este sistema de distribución fue considerado como insalubre, sobre todo por la asociación entre la leche y el tífus, aparentemente resultado de la adulteración de la primera con agua contaminada.

El problema de la leche para la salud pública era extendido en Colombia; en 1922 la Dirección de Higiene Nacional emitió una resolución que buscó asegurar su calidad y regular su venta. Dado que esta resolución no generó cambios en la industria lechera de Medellín, la ciudad construyó la primera planta pasteurizadora en 1925. Según el director de esta planta, la aparición de leche salubre creó mayor demanda: un aumento del 50% en los dos primeros años. Para 1933 el consumo estimado de leche en Medellín había aumentado de 4.000 litros diarios en 1925 a 15.100 litros. Veinticinco años después, el consumo diario sobrepasó 127.000 litros, resultado del crecimiento poblacional y el

aumento del consumo per cápita de 40 litros al año en 1938 a 85 litros en 1958.

Inicialmente la planta municipal tuvo dificultades en surtirse de leche cruda. Parece que el precio ofrecido no motivó a los productores de leche a abandonar sus redes de distribución tradicional. Las autoridades tuvieron que amenazar con restringir estas redes, aprovechando las nuevas regulaciones sobre la venta de leche fresca, para acceder a la materia prima. Las críticas a la nueva planta no tardaron: en 1928 un *gremio de productores* se quejó de *procedimientos desleales* que generarían *la ruina de una industria que en todo país civilizado es protegida* (p. 68). En años siguientes, varios miembros de este gremio, entre otros, se asociaron para abrir otras plantas pasteurizadoras. Si las disputas por el precio fueron un motivo, beneficiarse de un mercado de crecimiento rápido seguramente era otro. Desafortunadamente las fuentes que utilizó Álvarez no iluminan las dinámicas internas de estas compañías que, en décadas posteriores, compraron la planta municipal y, en su mayoría, se fusionaron para dominar el mercado de leche en la capital departamental.

La expansión del consumo de leche en Medellín rápidamente agotó la oferta local y promovió la extensión de la cuenca lechera de la ciudad. Empresarios urbanos, algunos vinculados con las plantas pasteurizadoras, establecieron fincas lecheras en el Oriente para satisfacer esta demanda. Pero traer leche de estas tierras altas, aunque fueran relativamente cercanas, no era tarea fácil. Inicialmente, dependió del mejoramiento de las carreteras (obras que arran-

caron hacia finales de la década de 1920) para conectar la región con el tranvía de Oriente que bajaba a Medellín. Aun así, el viaje entre La Ceja y Medellín podía tomar seis horas. Para la década de 1940, nuevas mejoras y la difusión de camiones redujeron la distancia relativa. Para este momento, tanto la demanda como los avances en la circulación fomentaron la modernización de fincas lecheras en el Oriente. Lo fundamental en este proceso fue la inversión en ganado Holstein. Aunque la introducción de esta raza fue posible gracias al medio ambiente benigno de esta región, también dependió de la difusión de un aparato sociotecnológico más amplio: la formación de una Asociación Holstein (que promovió la raza a través de exposiciones y que llevó los libros de genealogía), la Secretaría de Agricultura (que llevó los registros de productividad animal), los técnicos y médicos veterinarios (que recomendaron cómo organizar la producción semiestabulada, con pastos de corte, concentrados, sales mineralizadas, vacunas, etc.) y los distribuidores de los insumos y maquinaria necesarios. Así, los ganaderos modernizadores del Oriente estuvieron inmersos en una amplia red comercial-científica que conectaba el campo con la ciudad.

Las transformaciones en la producción de carne de res también surgieron del aumento en la demanda y los esfuerzos para promover la circulación de ganado. A pesar de que el consumo per cápita solamente aumentó un poco más de 25% entre 1913 y 1942, el número de cabezas sacrificadas en Medellín había crecido cinco veces para mediados del siglo. Desde 1911, el go-

bierno municipal había tomado control de la intermediación entre los productores y los consumidores: la feria de ganado, el matadero y la plaza de mercado. Aunque tales medidas estuvieron motivadas por preocupaciones higiénicas, también buscaban fomentar el consumo de la carne. Así, en 1911 el ferrocarril de Antioquia rebajó sus fletes para el transporte de ganado, que ayudó en disminuir las pérdidas de peso significativas al mandar los animales a pie a Medellín. También, a finales de las décadas de 1910 y 1940, el municipio construyó nuevas ferias de ganado con mayor capacidad para destapar un cuello de botella para la entrada de ganado a la ciudad.

La creciente demanda y las mejoras en la circulación ayudaron a reorientar la geografía de la ganadería en Antioquia. Desde principios del siglo XX, el viejo centro ganadero en el suroeste antioqueño no satisfacía la demanda y el departamento importó cada vez más ganado de la costa caribe. Pero traer ganado de la costa tampoco era tarea fácil. Subir la cordillera a pie demoraba entre 35 y 40 días, y el viaje dejaba al ganado agotado y flaco. La ruta alternativa era traer el ganado por el río Magdalena hasta Puerto Berrío y de ahí por tren hasta Medellín. Esta ruta era más costosa pero eliminó el costo de recebar el ganado. Así, la construcción del ferrocarril —y la reducción de los fletes— estimuló la inversión en la ganadería en Puerto Berrío y sus alrededores. Para 1960 esta región tuvo una capacidad de 150.000 cabezas. Pero este número subestima su importancia para el mercado capitalino dada la frecuencia con

la cual los ganaderos de la zona mandaban animales al mercado. Aunque algunos criaban ganado, el negocio principal consistía en conectar la ganadería de la costa con la feria de Medellín como intermediario, o levantando o engordando ganado criado en la costa. Así, coordinar el envío de animales a la feria según las condiciones de mercado era más importante, según Álvarez, que tecnificar la producción. Aquí me parece que subestima la importancia de la tecnología y el manejo de las fincas ganaderas extensivas del Magdalena Medio. Pero tiene razón en resaltar que los dueños, a pesar de ser absentistas, tenían mentalidad comercial y no la de un latifundista poco productivo. De hecho, muchos de estos ganaderos eran empresarios urbanos y varios tenían fincas lecheras modernas en el Oriente. Esto sugiere que el nivel de tecnificación era una respuesta racional a las oportunidades y limitaciones de cada sector, a la ubicación dentro de la cadena de mercancía y a cada región geográfica. Incluso, para un ganadero que servía de intermediario, es factible que estar cerca del mercado fuera más importante que vigilar directamente su finca.

Si el aumento en la demanda y el mejoramiento de la circulación fueron claves en extender y transformar la ganadería, ¿qué tanto generaron olas de capitalismo que irradiaron por el campo antioqueño? Aquí el argumento de Álvarez no es tan claro. Si la difusión del capitalismo tiene que ver con cambios de relaciones sociales, su historia no examina de manera suficiente cercana el manejo de las fincas y, sobre todo, las relaciones de trabajo para poder llegar a

conclusiones sólidas. Si la difusión del capitalismo tiene que ver con revolucionar las fuerzas productivas, tampoco tenemos las bases para evaluar el cambio de manera adecuada. Sin duda, la modernización de las fincas lecheras del Oriente aumentó su productividad. Pero no es claro cómo esta modernización impactó el mercado de la leche en Medellín. Datos del principal procesador de leche en la década de 1950 indican que casi todos sus proveedores eran fincas pequeñas o medianas del norte del departamento, donde la adopción del Holstein, como indicador de la modernización, fue limitada. Es decir, la tecnificación de la producción lechera en estos años fue restringida en términos espaciales y comerciales. Si hubo una difusión del capitalismo (definido por el nivel de tecnificación) hacia el campo, parece que no logró desplazar la producción campesina o tradicional. De hecho, en décadas posteriores los esfuerzos del reconocido economista de desarrollo Lauchlin Currie para crear una finca lechera de alta productividad en la Sabana de Bogotá, se estrellaron contra la oferta de leche barata producida de manera no tecnificada. Es decir, las dinámicas de la modernización tecnológica del campo colombiano son complejas y no siempre siguen los modelos económicos importados de otras latitudes. Por esta razón, no deberíamos descartar la posibilidad de que la tecnificación de las fincas lecheras del Oriente también respondía a ideologías modernizantes que expresaban estatus social.

José Roberto Álvarez ha hecho un trabajo tremendo en hilar una narrativa a par-

tir de fuentes dispersas y, en muchos casos, parcas. Es un texto valioso para especialistas en la historia de la ganadería de América Latina. Pero los lectores con un interés general en la historia agraria del continente – o en su historia empresarial– podrían quedar frustrados. Con casi 400 páginas, es mucho más largo de lo necesario. El balance historiográfico (enfocado en la historia de la ganadería y empresarial en Colombia) es más una bibliografía comentada que una síntesis conceptual. El corazón del libro son dos capítulos (el primero sobre la industria de la leche y el segundo sobre la de la carne) con 113 y 139 páginas, respectivamente. La narrativa suele ser descriptiva; Álvarez espera, en gran parte, a los dos últimos capítulos para analizar su historia, que logra sintetizar en una tabla com-

parativa entre la ganadería del Oriente y del Magdalena Medio.

En fin, el texto se lee como un tesis doctoral más que un libro. En esto las editoriales y la cultura académica colombiana tienen parte de la responsabilidad. Aunque promuevan la internacionalización de sus publicaciones –como hace esta reseña– no fomentan la revisión seria de tesis doctorales antes de publicarlas. La consecuencia irónica de esta política contradictoria es restringir en vez de aumentar su público potencial.

**Shawn Van Ausdal**

[orcid.org/0000-0001-7328-1489#](https://orcid.org/0000-0001-7328-1489#)

Departamento de Historia

Universidad de los Andes

Germán Carrillo García

### **Desarrollo rural y cooperativismo agrario en Ecuador: Trayectorias históricas de los pequeños productores en la economía global**

Madrid, Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, 2014, 416 páginas

**C**omo tendencia general, la agricultura latinoamericana ha vinculado su desarrollo y opciones de expansión a la demanda de los mercados internacionales. Es así que desde comienzos del siglo XX diversos productos agropecuarios (lana, trigo, café, carne, soja, banano, cacao, azúcar, tabaco y algodón) han tenido una participación importante entre los productos básicos de exportación de la región (Thorp, 1998). Kay (1994) sostiene que desde la década de 1980, al producirse

el cambio de una estrategia de sustitución de importaciones a otra orientada hacia afuera, se afianzó el vínculo de la agricultura latinoamericana con el mercado mundial. Esta tendencia se consolida con la puesta en marcha de los programas de ajuste estructural, al priorizar la expansión de la agroexportación como una alternativa al permanente problema de escasez de divisas. Asimismo, como parte del proceso de globalización de la economía aparecen de manera preponderante en la escena de